

Testimonio vivo de un cimarrón canario

Hoy, con 101 años de edad, don José Fuentes Dorta vive rodeado de su familia y, especialmente, de su hijo Valentín, en Los Naranjeros, un barrio de Tacoronte, en la isla de Tenerife, cuidando de su bodega, finca y el perro bardino que le vigila la casa. Atrás, hace 76 años, quedan aquellos días vividos en Cuba (1892 – 1902), en plena guerra de independencia, en cuyo tiempo serviría como cultivador de tabaco en Vuelta Abajo, por un sueldo diario de una peseta y la comida, Don José Fuentes es un testimonio vivo de cuantos canarios se vieron obligados a la aventura “errante” de la emigración en la segunda mitad del siglo XIX, huyendo del caos que asolaba al archipiélago. Nuestra entrevista con este personaje centenario se inicia con la descripción de las vicisitudes de aquel viaje de un día cualquiera de 1892, que podía ser el de todo canario que se encontrara en la misma circunstancia.

–Yo me fui en el “Miguel Pinillo”; no se me puede olvidar. Tardamos catorce días y el pasaje me costó 12 duros, en tercera. A bordo iban mujeres, hombres de todas partes, cochinos, toros, etc... ¡Ah, los turcos iban separados de nosotros!. Las camas eran colchonetas en el suelo preparadas para acostarnos. En el barco había una barra de hierro en proa para colgar de ella a los que no se comportaban bien, como castigo. La comida era muy mala (daban rancho para ocho en una porción), venía llena de gusanos. Recuerdo que un día un joven protestó y el médico de la tripulación le gritó que más alto que el capitán no gritaba nadie. El capitán se colocó en la parte alta y sofocó la rebelión repartiendo sardinas.

Aunque los años pasen tan deprisa hablar de Cuba para don José es como una aventura ilusionada. Nuestra conversación discurrió de esta manera:

–Recuerdo una leyenda de los indígenas cubanos, que dio origen al bautismo del actual río Yacuri. Dicha leyenda habla de que en una de las incursiones de camarillas por territorios



DON JOSE FUENTES DORTA, 101 AÑOS

Emigrado a Cuba a fines del siglo XIX, participó en la guerra de la independencia del lado cubano

de Cuba uno de los nativos del poblado, tras ser herido en uno de aquellos frecuentes enfrentamientos, se arrastraría hasta los pies del cura y le excluiría: “Ya yo murí”.

Don José Fuentes Dorta se expresa con lucidez y rememora hasta los más mínimos detalles de experiencias pasadas vividas en la gran isla del Caribe, la misma que desde el siglo XVI fuera el lugar preferido de los canarios para enjugar sus penas y calamidades económicas en el Archipiélago. Pese a sus 101 años de edad, nuestro hombre superviviente en medio de la historia conserva en la más profundo de su corazón un amor inoculto por su Cuba amada. Su filosofía de la vida y del hombre como su protagonista, le lleva a hacerse sabias reflexiones.

–La decadencia de todo ser es que no se muere por la cabeza sino por las piernas. (Don José, a pesar de tener tan buena memoria y poseer casi intacta la mayoría de sus facultades, no disimula su dificultad para andar). Cuando no se tienen recursos para caminar... pues se cae.

Su participación en la Guerra de la Independencia que se inicia en 1868 con los dos dirigentes Antonio Maceo (el de la “Protesta de Baraguá”) y Máximo Gómez (el general dominicano), le convierten en un testimonio vivo de las páginas más trascendentales de la historia de Cuba.

–El nombre de Maceo se oía sonar mucho. En aquella época se pasaba mucha hambre. Viejos y niños marchaban hacia las montañas para unirse a los que luchaban contra las tropas españolas, que estaban acuarteladas en la isla. Al que mataba se le consideraba el más valiente. Cuando las tropas de Maceo estaban al borde del agotamiento tuvieron que engañar a los españoles, a base de trucos haciendo ver que eran más que los que había en realidad. La zona era muy difícil para los que no la conocían, porque yo pienso que todavía hay lugares de Pinar del Río a los que no se ha podido llegar por la espesura de la vegetación... Un cubano no tenía derecho a ser nada. Aquella gente tenía metido en la cabeza lo de la independencia y se oía hablar también de Martí. Cual-

quier hijo de un general o de un militar español, por ejemplo, tenía derecho a todo. Es decir, el que nacía en la península se llevaba mejor y el que nacía en Cuba no se llevaba nada. Era una guerra contra un pueblo pacífico, el cubano, con un odio terrible.

“Yo no tenía mucha cultura; sólo sabía leer un poco”, afirma. Don José reconstruye, fragmento a fragmento, la etapa más rica de su vida. El nos confiesa que no se entiende con su familia, porque sólo él puede comprender la verdadera dimensión de su convivencia en Cuba. Pronuncia con cierta nostalgia el nombre de su antiguo patrón, don Antonio y recuerda que los canarios marchaban a Cuba a cortar la caña y cultivar el tabaco.

—Yo era de los insurrectos. Luchábamos en el monte. En una ocasión nos encontramos con una patrulla de guerrilleros y resultó que le caí muy simpático al jefe, eligiéndome para realizar maniobras de socorrismo y ayuda a los heridos. La guerrilla en el monte era muy dura. A veces no se sabía por donde se andaba. Aparte de que los caminos eran desconocidos, excepto para los propios jefes, hay que tener en cuenta que la naturaleza cubana es muy exuberante y hoy corta usted un cañaveral y mañana lo verá otra vez crecido. Las balas corrían de un lado a otro sin parar. Había una ley en la guerrilla que decía que ningún compañero podía dejar en el campo de batalla a otro compañero herido. Teníamos que ser rápidos a la hora de improvisar camillas con cañas y ramas para trasladar a los heridos. Cuando era necesario cruzar un río unos cuantos teníamos asignada la misión de preparar balsas con troncos de árbol, en las que navegábamos aprovechando que la corriente en los ríos cubanos no lleva mucha presión.

“Yo era de los insurrectos. La guerrilla en el monte era muy dura”

Un dato que se pone de manifiesto en la obra “Biografía de un cimarrón” del etnólogo y escritor cubano Miguel Barnet, en boca de su personaje, Esteban Montejo, de 108 años de edad (el cual participaría también en la guerra de la independencia de Cuba) es, que en algunos sectores de aquella sociedad, durante la presencia española, los canarios no gozaban de buen concepto. Para don José una cosa era evidente: más de una quinta parte de los canarios emigrados a Cuba no regresaban al Archipiélago nunca más, “haciendo familia

allá” y viviendo en un estado de discriminación y explotación similar a la que sufrían los negros: “los canarios se llevaban muy bien con los negros, porque éramos la desgracia”.

Si bien la emigración de canarios a Cuba se registra ya desde el siglo XVI y es en el XVII cuando se establece la curiosa “contribución en sangre” (1678), por la que las Canarias estaban obligadas a exportar un determinado número de familias por cada mil toneladas de mercancía importada, lo cierto es que sería en el siglo XIX cuando la emigración clandestina a Cuba con su mayor auge, siendo un síntoma del estado de desesperación de los canarios, que no podían subsistir en sus islas debido a las crisis económicas (alza de los precios agrarios, caída de la cochinilla), la explosión demográfica, el elevado índice de paro, la sequía, las epidemias, etc. A finales del siglo habría en Cuba entre 70 y 80.000 canarios, de los cuales cabría destacar una importante participación en la guerra de la independencia. El número de cuatro generales canarios entre los dirigentes militares no es producto del azar.

—Maceo decía “La línea de fuego no me la toca nadie”. El creía en la estrella del hombre. En ese sentido era un fanático. Era de la opinión de que por muchas balas que le tiraran si no estaba de morir no le alcanzaban.

Don José repasa su vida y no quiere olvidar ningún detalle. *Mi hermano fue treinta años “concejal” de un individuo. Qué mala es esa imposición que obliga a una persona a depender de otra. Qué mala es esa verdad*”, nos habla cuidando cada una de las frases. A pesar de su centenario la lucidez no le ha abandonado todavía. Don José sentencia:

—Yo siempre he tenido desconfianza del hombre más culto que yo, porque me lo ha demostrado. No hay que ofender a nadie, porque el que lo hace

Mediante la “contrata” los canarios iban a Cuba en condiciones de esclavitud

se mete con la naturaleza, es un bandido. Un hombre culto encontraba rápidamente todas las puertas abiertas y el que no lo era iba al trabajo. Yo gozaba de cierto prestigio, dentro de lo que cabe, pero eso nunca me sirvió para dejar de respetar a nadie. Recuerdo que hasta busqué, en alguna ocasión, trabajo a otros isleños.

En su conversación hace memoria de la zona por la que atraviesa el río Armendare, ya que en la misma se hallaba ubicada (“en mi época”) una fábrica de cemento. Sus ojos se iluminan y extiende las manos para indicar que existía una playa en el lugar más larga “que de aquí (barrio tacorontero de Los Naranjeros) a Tacoronte (casco)”. Como intuición fugaz salta de tema y advierte la presencia norteamericana.

—Los americanos sanearon, a su llegada, a Cuba. Terminaron con todas las enfermedades de los animales. Esta gente explotaba y sacaba dinero. Ellos dijeron que había que recoger los perros vagabundos... y, siempre, como en casi todas las cosas, aparecía un isleño. Los canarios tenían mucha habilidad para tal oficio: los agarraban por las patas y los metían en el carro. Luego, el que fuera a reclamar un perro tenía que pagar un duro y cuando no, los sacrificaban. Ahora, a una mula no se la podía tocar. Había un individuo en La Habana que estaba dedicado a sacar la grasa de estos animales sacrificados... ¡Hasta a los perros les sacaban la grasa!. Aquello quedó como una balsa de aceite y hasta se podía dormir en cualquier parque de aquellos.

Un hermano suyo tuvo que volverse “porque no resistía la guerra”. Nos cita varios nombres de canarios que le acompañaron en su viaje a la isla del Caribe. Muchos de ellos ya están fallecidos.

—Trabajé en Cuba como veguero, en el tabaco.

Esta profesión era muy característica en el emigrante canario. El historiador Julio Hernández nos cita en su obra “La emigración de las Islas Canarias durante el siglo XIX (1853 – 1898)”, datos muy reveladores: los primeros motines del siglo XVIII, en Cuba, el boicot al estanco oficial del tabaco fueron protagonizados por cana-

TESTIMONIO VIVO DE UN CIMARRON CANARIO

rios, hasta el punto de que entre los primeros ahorcados en Jesús del Monte por dichas rebeliones figuraban numerosos canarios. Aquellos incidentes serían etiquetados como “motines de los isleños”.

—A los tres meses de estar trabajando un médico me dijo que no viviría. Había cogido mucho sol, porque si bien los animales no trabajaban al mediodía, los del veguero sí lo hacían. Tenía mucha fiebre y gracias a que a la casa donde yo servía iban todos los días el médico y el boticario. La explotación del canario era muy grande. A un recién llegado, que trabajaba como un criado, se le pagaba una peseta al día y la comida. Cada uno tenía a su cargo su mata. Por aquellos tiempos, en España, no se vendía el tabaco ni nada. Los alemanes eran los compradores del tabaco del veguero, porque lo consumían con exageración. Yo a los siete años de estar en Cuba todavía no conocía un centeno. Recuerdo que el primer año no me alcanzó para las medicinas. Una vez tenía una extensión de 10 a 20 fanegadas, que ellos llamaban “caballerías”. A mí siempre me ha gustado mucho el trabajo del campo. Cuando me vine para Canarias mis patronos me escribían para que volviera, pero no pude volver más nunca porque me fue imposible, no por no tener ganas.

Otro de los destinos que se les reservaba a los canarios que emigraban a Cuba era el de la prostitución de las mujeres. Junto a los billeteros y baratilleros, la trata de canarias era frecuente entre las mujeres que partían hacia aquella isla, especialmente en el siglo pasado. Don José tenía noticias sobre este tema.

—Efectivamente, como en Cuba abundaban más los hombres que las mujeres, se podía comprobar cómo se hacía un contrabando de canarias.

La mayoría de los canarios que marchaban a Cuba lo hacían en condiciones de esclavitud. A los que se encargaban de preparar estas remesas de emigrantes se les daba el nombre de “enganchadores”. Había dos formas de llegar a Cuba: por libre o por “la contrata”, fórmula esta última por la que el canario se comprometía a servir a un patrón en aquella isla americana. Nuestro entrevistado vivió y rememora todo esto...

—¿La contrata?. Pobres isleños... la contrata era la esclavitud. Llevaban cuadrillas de hombres a trabajar a cambio de pagarles el billete. Los canarios eran los más fuertes y saludables. La mujer canaria es la que mejor cría. En Cuba,



En la foto (de izquierda a derecha): Carmelo (uno de los autores del reportaje), Layo (un canario, capitán del remolcador cubano “Siboney”), Pedro García Cabrera (poeta), Valentín (hijo de don José), Francisco González Casanova (presidente de la Asociación de Amistad Canario—Cubana “José Martí”), don José Fuentes (nuestro entrevistado) y Julio Hernández (historiador y especialista en temas americanistas).

recuerdo yo, a los tres días los niños morían de la “enfermedad del mal”. siempre que moría un niño se celebraba una fiesta. El emigrante es un hombre errante.

—¿Cómo convivía el canario con el peninsular, el negro o el chino?.

—El peninsular miraba al canario como una cosa inferior y siempre lo despreciaba hablando mal de él. Nos desprestigiaban. Ellos no conocían las Canarias y sólo sabían que eran un riesgo de Africa, aunque en aquella época se opinaba también que pertenecíamos a la antigua Atlántida. El canario siempre fue un desgraciado por su poca cultura. Con los negros sí nos llevábamos bien: éramos la desgracia. Los chinos eran los más perjudicados; fueron esclavos de los españoles. Había una leyenda de que el chino nunca se delataba. En una ocasión mataron a un capataz y nadie dijo quién había sido el asesino. Uno a uno fueron ahorcando a cada chino hasta que hablaron.

Junto al cultivo del tabaco, la

caña de azúcar absorbió gran número de la mano de obra de nuestro archipiélago.

—Los ingenios eran enormes, tan grandes como una isla de éstas. Pertenecían a compañías norteamericanas. El cortador de caña trabajaba como un negro y cuando terminaba la jornada llegaba bañado en sudor.

Don José Fuentes vivió la guerra de la independencia de Cuba en el bando de los cubanos, ¿por qué luchó a favor de los insurrectos?.

Eso es bien sencillo. Era una cuestión de dignidad. No había que recordar sino cuando una madre despedía a sus hijos para Cuba, como si no los fuera a ver más, como si los fueran a matar. Decían: ¡ya no los volveré a ver!. En aquella isla nosotros vivimos el problema.

Texto y fotos:
MARTIN—CARMELO